

MÚSICA

¿Han intentado alguna vez definir qué es la música? Yo he dedicado un tiempo al asunto. He buscado en diccionarios, escritos varios y dentro de mi cerebro, también. He dejado volar la imaginación... He tratado de encontrar una definición plena, una de esas que no deje cabos sueltos, que no muestre flecos sin atar, que me satisfaga absoluta y rotundamente: he fracasado.

Le propongo un ejercicio: pruébalo y cuando crea tener la idea, escríbala, léala para sus adentros; luego en voz alta, con convencimiento.

¿Qué tal? ¿Bien? ¿Piensa que es eso lo que quería, la descripción definitiva? ¿Aún no? ¿Se puede mejorar?

La conclusión a la que he llegado es simple: no tiene definición, no al menos en un sentido íntimo, subjetivo y personal que es lo que yo pretendía. Es

como un problema matemático sin solución: la solución es que no la hay. O más bien, deben existir tantas percepciones como individuos y ninguna es auténtica; son todas y ninguna a la vez.

Y es que ¿cómo explicar la música?, ¿cómo darle contenido a tan sublime concepto con nuestro humilde lenguaje? Si solo somos seres humanos. Ni siquiera las expresiones más rebuscadas o rimbombantes que pudiésemos armar conseguirían acercarse mínimamente a su delicada piel.

La música es el todo. Todo es música. Está ahí desde el momento primero de la existencia, sí... eso creo. Tal vez en mitad de la Nada, algo sonó, una nota en la oscuridad y comenzó el concierto infinito.

¿Dónde no hay música?

El Universo es música y los astros bailan su danza perfecta desde el principio de los tiempos.

El pensamiento es música. Yo oigo el mío. A veces es canto de sirena y me embelesa, en ocasiones es como un enjambre de abejas furiosas y me inquieta, pero siempre me acompaña; hasta en sueños...

El vuelo de un ave, el canto de las ballenas, las olas salvajes contra un acantilado, el viento que cruza los bosques, la hoja que cae del árbol, la lluvia...

Los latidos de mi corazón, la risa de mis hijos, el crujir de la tierra enfurecida, el aleteo coqueto de una mariposa, las manecillas de un reloj, una puerta que se cierra, una mente que se abre...

Y un violín, y un piano, y una guitarra y el llanto de quienes nada tienen y nada esperan. La desesperanza suena de un modo especial, tiene unos acordes tan tristes, tan desgarradores... y son tantos los lamentos, que se unen en una sinfonía que nadie quiere oír y a fuerza de no oírla, de tanto negarla e ignorarla, llegamos a creer que no es... pero es... y suena... pero solo para quien la quiere escuchar.

¿Suena el amor? ¿Y el odio, el desprecio? Sí, también. Y la alegría y la pena y el nacer y el morir... Una música para cada cosa y cada cosa con su música.

Por eso no se puede definir, no se puede explicar, ni pesar, ni medir, ni atrapar. Música es usted, soy yo, somos todos y cuanto existe a nuestro alrededor. Lo que vemos y lo que no.

Hagamos un esfuerzo, escuchémosla y quizá, solo quizá, comencemos a comprender.

31 de julio de 2014

Josefa Vega Maciá

—Desde ELCHE (ALICANTE), ESPAÑA